

EN LA CRIPTA DE SANTO DOMINGO EL ANTIGUO DE TOLEDO EN 1984

ANDRÉS MARÍN J.-RIDRUEJO
Colaborador

«Creta le dio la vida, y los pinceles Toledo» (Paravicino)

¿Le dio ciertamente el subsuelo de Santo Domingo el Antiguo su morada final?

En un día de Abril de hace ya dos décadas (1984) tuve la grata ocasión de actuar como fotógrafo y como delineante y un poco como «limpiador de huesos» (todos los desempeños a puro nivel de aficionado) en una jornada continuada de más de diez horas en el interior de la cripta que se halla en el subsuelo de la Iglesia de las Monjas Cistercienses de Santo Domingo el Antiguo y que fue sin duda alguna el primer enterramiento del Greco y «podría» ser todavía el lugar de descanso actual de lo que queda de sus restos.

El lugar de «Descanso Eterno» nunca debería ser referido a algo tangible como eso tan impresentable que resta de nuestra envoltura carnal bien poco después de que se separe de nosotros el alma. El lugar de «descanso Eterno» de Dominico Theotocopuli es sin duda una privilegiada terraza del Cielo a la que el Señor envía las almas de los artistas plásticos, esas que como un retazo de nube o un extraño vapor impalpable conduce un ángel hacia la cúpula de las alturas en la deliciosa interpretación que el Cretense hace en el cuadro de la muerte del Señor de Orgaz.

En esa divina terraza es seguro que Dios permite a cada buen

artista no sólo gozar de Su Presencia, que es la esencia del estado de Gloria, sino contemplar también los ortos y los ocasos de mil soles que pueblan un universo que ni siquiera atisbamos y cuyos colores y luces, vedadas a los mortales, constituirán sin duda un premio adicional para los artistas.

Bajé, decía, al probable lugar de descanso actual, a la cripta o sepulcro del irrepentible pintor, gracias a la invitación de un hombre insigne, un gran científico en su especialidad médica, un humanista inquieto por todas las facetas del saber y sobre todo, y para lo que a mi concierne, un leal amigo que desinteresadamente y sin otra contra prestación de mi parte que sentirme muy honrado por ello, hace muchos años que me regala un afecto fraterno que no merezco. Se trata de D. Rafael Sancho de San Román, un magnífico siquiatra toledano que posiblemente por amor a su ciudad decidió quedarse en ella para compartir sus tesoros culturales más de cerca y ello le privó de haber sido una de las figuras de esa difícilísima rama de la medicina en el ámbito nacional.

No le resultaba a nuestro buen doctor nada ajena una investigación sobre el famoso pintor. No en vano la mejor obra que conozco sobre El Greco en relación con nuestra ciudad se debe a su tío D. Francisco de Borja de San Román que se publicara bajo el título de «El Greco en Toledo. Nuevas investigaciones acerca de la vida y obras de Dominico Theotocopuli» con un prólogo de Cosío y de la que poseo una cuidada edición reciente de Editorial Zocodover que el sobrino del autor tuvo la amabilidad de dedicarnos. San Román fue uno de los fundadores de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo que ha presidido varios años, en nuestros días, su nieto Rafael Sancho.

Y es la prolija y meticulosa investigación de D. Francisco de

Borja la que viene a concluir, casi con la misma certeza de que la actual «Casa del Greco» que con tanta fruición se visita en la judería toledana es sólo una réplica (cercana desde luego al lugar que habitara en las casas de los Villena) y no su auténtica morada, que la tumba del Greco a la que nos asomamos penosamente por un cristal del suelo de la Iglesia de Santo Domingo y cuya cripta divisamos a la luz de una humilde bombilla que las monjitas instalaron, fue en principio la verdadera tumba del Greco pero no la postrera y definitiva que, como su auténtica casa, pudo muy bien perderse: Su casa en los escombros de los palacios de Villena que cubre el Paseo del Tránsito y cuyos restos puede sacar a la luz la construcción de algún aparcamiento, y su tumba definitiva en el solar que ocupara el olvidado convento de San Torcuato.

Los datos documentales son casi irrefutables en cuanto a poder afirmar que el traslado de los restos de El Greco se hizo en efecto por su hijo junto con los de la primera esposa de éste, desocupando la bóveda que poseía la familia en Santo Domingo el Antiguo y pasándolos a la que Jorge-Manuel se construyera en San Torcuato con ocasión de dirigir en ésta modesta iglesia, hoy desaparecida, unas obras de reforma. ¿Los datos?:

Francisco de Borja de San Román los aporta con meticulosidad en su trabajo de seria investigación en el que desarma toda prueba documental de que El Greco quedara definitivamente en su primer enterramiento:

* 1. Se cumplió en efecto el contrato de 1612 por el que se concede una bóveda para enterramiento de El Greco y su hijo en Santo Domingo condicionado a la construcción de un altar y la propia bóveda sepulcral.

* 2. Los Theotocopuli edificaron el altar e hicieron el retablo del sepulcro.

* 3. Al morir el Greco en 1614 su cuerpo se deposita sin duda en dicha sepultura.

* 4. También se sepulta en ella, en 1617 a doña Alfonsa de Morales, primera esposa de Jorge-Manuel.

* 5. En 1618 se rescinde el contrato de 1612 y los Theotocopuli pierden la propiedad de lo que el Monasterio les cedió por aquella escritura. Tras una serie de tasaciones de lo ejecutado y de las deudas de Jorge-Manuel con el convento por no haber ejecutado el gran «Monumento» para las festividades de cada Semana Santa a que se comprometiera, se llegaba a un ajuste económico por el que «quedaría del dicho convento el retablo y bóveda para poder disponer libremente de ellos como si no hubieran sido de Dominico Theotocopuli y Jorge Manuel» y éste «confiesa haber recibido del convento una licencia del Consejo de la Gobernación del Arzobispado de Toledo para sacar de dicho sepulcro los restos que en el estaban, los cuales se obligaba Jorge Manuel a sacarlos desocupando la bóveda».

* 6. En esas fechas Jorge Manuel dirigía las obras de San Torcuato y cambiaba el precio de su trabajo por una bóveda y un altar que pudieran sustituir a los que poseyera, con su padre, en Santo Domingo.

* 7. El testamento de su segunda esposa D.^a Gregoria de Guzmán, fechado en 1629 ya ordena precisamente que deberá ser enterrada «en la bóveda que poseemos en San Torcuato».

* 8. Palomino, el autor que reconoce que el enterramiento definitivo de El Greco no es Santo Domingo el Antiguo (lugar que conocía en detalle y cuya importancia ya para él estaba fuera de toda duda, dice que los restos fueron trasladados a San Bartolomé, pero ello no enerva que se tratara en efecto de San Torcuato, convento que no alcanzó importancia alguna y que pertenecía a la parroquia de San Bartolomé.

¿Que hicieron las religiosas de Santo Domingo una vez terminada la laboriosa rescisión del contrato y perdida por Jorge Manuel la propiedad del sepulcro?

Lo lógico: Hallar un nuevo y generoso «comprador» que deseara hacerse con el privilegiado lugar de enterramiento. Y lo obtienen en la familia Alcocer que indudablemente toma posesión de la bóveda y hace en ella sus primeros enterramientos.

(Juan de Alcocer, Clérigo de Menores, funda allí cuatro capellanías y hace un retablo nuevo en 1667 pero antes se había sepultado allí a otros parientes, uno de ellos su padre D. Pedro de Alcocer. Por cierto, ¿era este el historiador Pedro de Alcocer que cita Julio Porres?).

Aquí es obligada una digresión:

Por aquellas fechas cuando una familia posee una cripta privada los féretros no se daban a la tierra sino que se depositaban, en los casos de altísima nobleza, en los sarcófagos tallados que conocemos y que se habían preparado al efecto en ella, y en las familias próceres sobre unas bancadas que las criptas poseían. Así estaba dispuesta la cripta de los Theotocopuli y así se debió colocar el ataúd del gran maestro y el de su nuera. De la misma forma, depositados en los poyetes que contorneaban la cripta, nos encontramos al descender a la bóveda en la ocasión de marras los ataúdes y esqueletos de los miembros de la familia Alcocer que en ella se enterraron después...

Pero con una variación importante respecto a lo esperado: es posible que los Alcocer «personalizaran» con alguna reforma el recinto pues la techumbre en bóveda con los ladrillos de canto que

arman el hueco y soportan el pavimento de la iglesia, fue en alguna ocasión revestida de ladrillos macizos puestos de plano y cogidos con yeso y no parece, como hubiera podido esperarse, que fuera enyesada por entero como decoración más selecta de la forma que se hacía en numerosos templos toledanos que han ocultado así, por siglos, sus fábricas de ladrillo visto y hasta sus valiosas pinturas al fresco.

Pero la reforma no podía prever el azote colosal de todos los edificios de la vieja ciudad tan reseca en verano pero con tantos muros y sótanos heridos por un mismo mal: la humedad. La humedad de la cripta permitió que los pesados ladrillos de recubrimiento, con sus «yesotes», se desprendieran cayendo con violencia.

Cuando bajamos nosotros sólo había en su sitio los que forraban la parte más vertical de los rústicos muros, todos los demás (proyectiles de más de 6 kilos) habían caído sobre los bancales, y si quedaba algo de las débiles tablas ya podridas que fueran ataúdes y de los esqueletos que custodiaron, el «bombardeo» hizo añicos a todo aquello de modo que restos de tablas, huesos completos y fragmentos de otros, formaban una dantesca escombrera continua.

Nosotros, al ordenar el recinto, utilizamos unas cajas de reducción de restos en las que colocamos con respeto y un cierto orden, los huesos que había en la cámara principal. Se trataba sin duda de los primeros Alcocer difuntos o posteriores familiares pues no es previsible que en la bóveda adquirida y remozada por éstos nuevos y ricos propietarios, se dejaran en lugar preferente unos ataúdes de los dueños anteriores si es que admitiéramos que Jorge Manuel no llegó a trasladar, como venía obligado, los restos de su padre y de su primera esposa.

Si admitiéramos la única explicación posible de que El Greco pudiera descansar aún en Santo Domingo en lugar de hacerlo bajo el solar que fuera en su día San Torcuato, el guión de los hechos sería el siguiente:

1. Jorge Manuel deja una y otra vez para más adelante el traslado de los restos una vez arreglada la cuestión económica y desmontado el retablo que acompañaba a la bóveda. Incumple pues su compromiso escrito (no sería tan extraño pues el vástago del Greco no se hizo famoso por su seriedad en varios otros asuntos).
2. Los Alcocer, cansados de las demoras y acuciados por algún fallecimiento, optan por tomar posesión, y visto que la cripta poseía una pequeña dependencia aneja con la que pudieron no contar ni decoraron nunca, la otorgan «in pectore» el destino de ser una especie de osario para el futuro, y en el fondo de esta segunda cámara depositan los restos abandonados por Jorge Manuel y tabican, sobre ellos, un humilde cierre como una bancada baja.
3. Jorge Manuel y su nueva familia terminan su cripta de San Torcuato, olvidan lo anterior y posiblemente la inauguran con el féretro de su segunda esposa.

Documentalmente no se ha descubierto nada que apoye esta teoría pero el entusiasmo de los escritores que copian con desparpajo unos de otros sin comprobar nada, el sueño de muchos «toledanistas» y sobre todo la ilusión enorme de las monjitas que son capaces, ¡cómo no!, de rellenar con una fe ciega cualquier escasez de pruebas, serían argumentos bastantes para que yo asegurara a cada visitante que acompañó al tesoro que supone Santo Domingo, que El Greco, que allí se consagró, que para el convento

pintara sus primeras y sus últimas obras, tiene bajo el suelo de su iglesia, su postrer morada.

Y lo digo sin empacho a mis ocasionales acompañantes... *pero no estoy seguro.*

Había descendido a la cripta, antes que nosotros un gran pintor toledano, Guerrero Malagón, oriundo del pueblecito de Urda a cuya localidad ha ido a parar tras su reciente fallecimiento un pequeño museo de lo que se ha conservado de él y de su obra no vendida, artista personalísimo que recogió como nadie ese lado ascético, triste y austero que es una componente (aunque no la única) del entorno de la Ciudad Imperial, que nunca llegara a encabezar de veras un imperio y que lleva siglos y siglos «viniendo a menos» y a fuerza de ello «siendo cada vez más».

Nada dice de esta irrupción la entusiasta Sor María Inmaculada Calvo en su reseña de nuestra intervención y no parece que lo hiciera con la presencia diocesano-notarial y el asesoramiento médico o histórico mínimo, pero sin duda intuyó claramente la posibilidad de que los restos del Greco, de estar allí, lo estarían en la cuevecilla anexa a la cripta, pues eran los enterramientos de aquella zona los que el buen Guerrero había revuelto y revisado. Dibujó lo que vio (y algo que imaginó o alguien se llevó como devoto recuerdo, pues allí no estaba) y lo publicó todo, con sus comentarios, en un opúsculo del que no sé si todavía tienen ejemplares a la venta las buenas monjitas. Nosotros encontramos menos que Guerrero en cuanto a ropas (algunos restos de botones masculinos o femeninos, la suela de uno o dos chapines, calzado muy pequeño para la estatura que como luego se dirá pudiera tener El Greco, algo de cordón que debió ser negro y unas simples fibras).

Pero nuestro grupo, con la dirección precisa de Sancho y a diferencia de Guerrero, cribamos, limpiamos y clasificamos los huesos disponibles y el resultado en síntesis es el siguiente:

Se hallaron los que pueden corresponder a dos adultos, hombre y mujer. Los huesos masculinos (medidas de fémures y otros) evidencian un hombre más alto de lo que solía ser el común de la época, una estatura común en personas del norte de Europa pero alta para la cuenca del Mediterráneo, nada insólita empero. (Las manos largas de aquel varón nos legaron los huesos de sus falanges y solo pensar que pudieron ser los que asieron los pinceles del Cretense, producía una especial sensación en un modesto aficionado a la pintura al colocarlos sobre unas cartulinas para fotografiarlos y medirlos. Lo comenté y Sor María Inmaculada se emocionó realmente y se hace eco de ello en su reseña).

Pero se trataba de no entregarse a lo deseado, como parece le ocurriera a Guerrero Malagón (que tenía por cierto y seguro haber tocado al maestro) o a la buena «sor» que nos acompañaba que estaba «absolutamente segura» (¿revelación?) de tener allí los restos del pintor.

En un momento de la clasificación de huesos yo descubrí en el conjunto un cráneo pequeñito de forma alargada. Pensé que la dama había sido sepultada con un perrito de lujo, pero el doctor Sancho, sin recrearse en mi ignorancia ni advertirme de mi escasa preparación para forense, me aclaró enseguida que no había tal: Era el cráneo de un «nasciturus», un bebé humano que presentaba la deformación típica de una enfermedad que consiste en lo externo en que la «fontanela» no está abierta sino soldada y cuyo problema dificulta el parto de la madre de tal manera que al nivel médico y de cirugía de la época, produjo sin duda en aquella desdichada una muerte por sobreparto.

¿Se podrá saber si la primera esposa de Jorge Manuel murió al intentar un parto imposible?... No hay datos, parece ser, pero sería un indicio casi definitivo; (claro, lo sería, a «sensu contrario» descubrir que ciertamente falleció por otra causa).

¿El hombre alto que acompañaba en el osario a esta difunta joven, sería su suegro? ¿Serían ambos unos miembros de la familia que se hizo propietaria de la cripta y cuyos restos se «redujeron» en una etapa posterior?.

Los huesos de la zona de reducción que comentamos no cuadraban del todo con dos adultos y un feto. Un ejemplo: El calcáneo, ese hueso fuerte que poseemos dentro de nuestros talones y que soporta nuestro peso (tantas veces excesivo) por toda una vida, dicen los expertos que es el último en descomponerse. Pues bien, había allí un calcáneo «de mas»... ¿los restos de un cojo?... ¿Un hueso olvidado en un traslado?, ¿una reducción poco escrupulosa?...

El local extrañamente unido a la cripta y en cuya conexión con ella se ha construido en su día un machón de ladrillo para asegurar la firmeza de la Iglesia de encima, no sólo pudo ser el osario utilizado por los propietarios de la bóveda, sino que ya desde que la adquirieran los Theotocopuli pudieron hallarlo allí y pudo tener restos humanos. No sería tan raro.

Debido a las reformas de la Iglesia el suelo de ella ha quedado como demasiado cerca de la coronación de la bóveda, por ello, al haber perdido ésta su recubrimiento, nos encontramos al descender a la misma todavía sin más luz que la de unas linternas, que por un hueco de su parte alta una calavera nos «miraba» de la triste forma en que miran las calaveras, vuelto su rostro hacia la cripta y con los huesos de sus manos cruzados sobre un tórax vacío y roto en gesto

que me parecía un macabro rubor de su desnudez sorprendida. Era una sepultura del suelo de la iglesia que había «calado» por su fondo y costado con la estructura de la cercana bóveda, era un muerto «del piso de arriba» indiscretamente asomado al salón familiar de los muertos del sótano.

En cualquier caso los integrantes de nuestro modesto equipo respetamos como posible estar ante los huesos de Domenico Theotocopuli en la pequeña cámara aneja a la cripta. Tomamos unas bolsas de plástico. Unas sustancias químicas conservantes y desecantes, un ataúd pequeño de los usados para restos y en él colocamos con respeto y esmero los que parecían corresponder al Maestro. Es la caja que las monjas tienen colocada en el poyete central de la estancia para que se pueda ver desde el cristal que la cierra. Con igual tratamiento dispusimos los de la mujer, el feto... y la mala prueba, ¡el calcáneo sobrante!

Identificamos y rotulamos las cajas y terminamos.

Todos habían subido una u otra vez para algo. Don Antonio Cabrera atendió otras tareas y volvió al final, Jesús Adeva, el albañil, se fue cuando acabamos el desescombros más esencial, la periodista que cita la buena monja en su reseña se había limitado a ver las cosas por encima. El Dr. Sancho, Sor María Inmaculada y yo apuramos la gran sesión.

Acabábamos de profanar amistosamente el probable descanso de alguien con la magnitud artística universal de El Greco, de ordenar un poco el abandonado recinto y de obtener información en directo y pruebas gráficas que espero y deseo que Rafael Sancho convierta en un trabajo de la extensión que la cosa merezca o él desee, pero que tendrá sin duda el rigor y la calidad de cuanto sale

de su boca o de su pluma. Si no fuera él, pienso que sería interesante que alguna institución, con los medios técnico-forenses de ahora, investigara algo más sobre aquellos huesos que pudieran ser una valiosa reliquia. Es cierto, sin embargo, que la falta de muestras comparativas seguras y el enorme tiempo transcurrido pueden hacer imposible tal intento.

No es muy seguro, hasta donde yo pude colegir, que los restos del Greco sigan allí, pero no importa, era su tumba y si marchó de ella o permaneció en la misma de forma indebida, sería a manos de los manejos y negocios siempre un poco confusos de un hijo que no estuvo desde luego a la altura que su figura merecía. No será esta cripta de Santo Domingo posiblemente el lugar definitivo preciso, pero Toledo le dio, además de los pinceles, como dijera Paravicino, la postrer morada. El Greco vino para quedarse. Por eso es más nuestro.